

 **REY
D**ESNUDO 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Heather D. Curtis, *Holy Humanitarians. American Evangelicals and Global Aid* (Cambridge, Massachusetts/Londres: Harvard University Press, 2018).

Paula Seiguer

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” –
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

pseiguer@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 21/08/2019

Fecha de aprobación: 30/08/2019

Este libro de Heather D. Curtis se inserta en un campo que en los Estados Unidos es muy clásico, el de los estudios sobre las diversas instituciones del protestantismo norteamericano que combinan la rigurosidad histórica con preguntas impulsadas por una urgencia político-teológica presente. Desde nuestro sistema universitario, teñido profundamente por la certeza de que la laicidad es un elemento clave en la construcción de un conocimiento científico y de una sociedad democrática, puede resultar extraña esta superposición, que en los Estados Unidos y en algunos países europeos resulta naturalmente de la fundación religiosa de sus instituciones de enseñanza superior. *Holy Humanitarians* se pregunta no solo por la historia de la caridad y filantropía protestante sino por sus consecuencias: sobre el legado que esta historia ha dejado en términos de cómo los evangélicos de los Estados Unidos en-

tienden la misión de su país hacia el mundo, sobre el daño y beneficio que estas ideas producen y sobre cómo actuar hoy en relación con los mandatos bíblicos de amor por el prójimo (pp. 280-281). Esto no le quita rigor, sin embargo, dado que se trata de una historia escrita por una académica establecida, con un doctorado en Historia de Harvard y un puesto de profesora asistente en la prestigiosa Tufts University.

El título tan general de la obra resulta algo engañoso. *Holy Humanitarians* es un estudio monográfico sobre un medio de prensa evangélico, la versión estadounidense del *Christian Herald*, un periódico inglés del mismo nombre al cual los grandes protagonistas del libro, Louis Klopsch y Thomas de Witt Talmage, compraron su edición norteamericana en 1890. La estructura del libro sigue la historia del diario cronológicamente desde ese momento hasta la muerte de los dos propietarios, terminando en 1910. Dentro de esos veinte años, Curtis se enfoca casi exclusivamente en una de las actividades del periódico: la recaudación de dinero para actividades benéficas, especialmente para fondos de crisis dedicados a aliviar hambrunas o catástrofes en distintas partes del mundo. El recorte del tema es por lo tanto muy específico y se limita a una coyuntura, una publicación, una temática y dos personas, y de hecho las fuentes empleadas para su construcción son bastante limitadas.

En una primera aproximación, la estrategia de organización del texto resulta sorprendentemente efectiva. En cada capítulo la autora plantea una campaña del periódico, empezando por la recaudación de dinero para la hambruna en el imperio ruso en 1891 en el capítulo 1; siguiendo luego por la asistencia a los afectados por el terremoto de Constantinopla en 1894 y a los armenios víctimas de la represión turca en ese mismo año en el capítulo 2; a los cubanos y filipinos hambreados por la represión española en 1898 en el capítulo 3; a los millones afectados por el hambre en la India en 1899 en el 4; al envío de un barco lleno de grano y de asistencia a los campesinos chinos en 1900 en el 5; a las campaña por los desempleados y en contra del trabajo infantil en los Estados Unidos, y de ayuda a los inundados de Monterrey, México, en 1909 en el capítulo 6; mientras que el capítulo 7 se dedica brevemente al abandono de estas estrategias de beneficencia internacional luego de la muerte de los fundadores del diario. Esta forma de encarar el corpus documental no solo le permite dar cuenta de la magnitud de la acción humanitaria de la publicación,

sino analizar los motivos de su crecimiento y éxito junto con sus estrategias de recaudación que lo llevaron en su momento de auge a ser la principal organización filantrópica o caritativa (el enfoque que debía darse a la asistencia fue objeto de debate y de transformación) del país.

Los sucesivos capítulos van desarrollando también otros temas que aparecen en clave menor, pero son quizás los más relevantes, a medida que las campañas de recaudación se articulan con debates que van desde las diversas maneras de pensar la pobreza y cómo debe actuar un cristiano frente a ella (¿Debe el cristiano asistir a todos sin distinción? ¿Existen personas pobres más “merecedoras” de asistencia? ¿Deben tener los cristianos prioridad en la disponibilidad de ayuda frente a los “otros” musulmanes, hindúes, etc.? ¿Es la caridad directa la mejor ayuda posible para quienes pasan por la experiencia del desempleo, el frío o el hambre?), el correcto posicionamiento frente a la discriminación racial rampante y a los linchamientos en el sur norteamericano, la discusión en torno de la intervención militar imperialista estadounidense vista como forma de asistencia humanitaria, el debate ético sobre el asistencialismo de misioneros extranjeros que crea dependencia frente a los líderes locales como forma de distribución de la asistencia material, la situación de los pueblos originarios y su futuro dentro de los Estados Unidos, entre otros. De esta manera, cada capítulo complejiza la mirada y agrega nuevas caras desde las cuales ver el prisma del asistencialismo humanitario evangélico.

Por otra parte, el objeto de estudio tiene su propia relevancia intrínseca: el *Christian Herald* construyó una enorme audiencia de muchos millares de lectores, además de fundar un hogar de vacaciones en el campo para los niños de los barrios bajos de Nueva York y la Bowery Mission en el centro de Manhattan, en donde se ofrecía (y aún se ofrece) comida, asistencia médica y un lugar en donde dormir a cientos de personas. La *Christian Herald Association* es hoy una de las más importantes ONG dedicadas al alivio de la pobreza en Nueva York.

Pero más allá de su éxito, la historia del *Christian Herald* adquiere mayor interés porque se ubica en un fértil espacio de cruce entre temas diversos, sobre los que ofrece nuevas perspectivas. En primer lugar, la historia de la prensa, y puntualmente la de la prensa evangélica. Aunque la historia de las publicaciones periódicas es ya clásica, el momento de enorme expansión de finales del siglo XIX sigue siendo crucial. Las novedades técnicas en las comunicaciones y transportes permi-

tieron a periódicos como el *Herald* abordar las catástrofes humanitarias a medida que iban ocurriendo y colaborar con su alivio casi en tiempo real, a partir de cables, telegramas y llamadas telefónicas, e incluso llegar a recaudar el dinero, comprar grano, equipar un barco y enviarlo hasta China a tiempo para colaborar significativamente con el esfuerzo de paliar una hambruna. Hicieron posible además mostrar ese sufrimiento con fotografías que acercaban a los “otros” y despertaban la compasión de los lectores. Esto es algo que Curtis problematiza también, rescatando protestas y consecuencias de largo plazo sobre la mirada paternalista a la que inducían estas representaciones, que mostraban a los receptores de la ayuda como pasivos y desprovistos de capacidad y agencia y enfatizaban así las enormes distancias entre ellos y los norteamericanos “civilizados”. Un hecho llamativo, sin embargo, es la monotonía de la descripción de las diversas llamadas a asistir a los sufrientes. La autora no registra diferencias en la caracterización de indios, chinos, filipinos, cubanos, rusos, etc., por parte del periódico, pero tampoco lo problematiza, por lo cual resulta difícil saber si en su afán evangélico Klopsch y Talmage escapaban a los tropos racistas de la época, o si es Curtis quien en su desinterés por otros temas aplana esa representación, cayendo curiosamente en el mismo defecto que achaca a los editores. Lo cierto es que la obra no llega a entrar en diálogo con la bibliografía que ha trabajado sobre las representaciones de la otredad extranjera por parte de la sociedad norteamericana¹.

Las publicaciones como el *Christian Herald* también permitieron la articulación de las identidades denominacionales protestantes en vehículos mayores, que aspiraban a conformar una unidad nacional a partir de una identidad evangélica compartida, que superara las divisiones entre iglesias y se identificara con los Estados Unidos como nación cristiana. Este no fue por supuesto el único vehículo en la construcción de esa identidad mayor: como lo demuestran estudios recientes, el trabajo de los periódicos se complementaba con los que hacían en esta época las instituciones educativas interdenominaciones (desde las escuelas dominicales a las universidades y colegios de teología), la predicación volante, la copiosa producción de libros cristianos y los *boards* misioneros

1 Por ejemplo, entre muchos otros, Fredrick B. Pike, *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature* (Austin: University of Texas Press, 1992) o John Patrick Leary, *A Cultural History of Underdevelopment. Latin America in the U.S. Imagination* (Charlottesville y Londres: University of Virginia Press, 2016).

unificados². Sin embargo, la conformación de una esfera de publicaciones cristianas de amplia circulación fue sin duda un factor importante, y más en una época tan conflictiva desde varios puntos de vista: a la pluralización religiosa norteamericana a consecuencia de la inmigración, que sumaba no solo católicos sino también judíos, budistas y otros a la composición de la nación, se agregaba la emergencia pública de variantes locales derivadas del cristianismo evangélico pero que este no consideraba admisibles, como el pentecostalismo o el mormonismo³. Mientras tanto, los evangélicos se dividían de maneras cada vez más contenciosas en su actitud frente a las alternativas que proponía este “mundo moderno”, en una tensión entre perspectivas que llevaría a la aparición del fundamentalismo cristiano⁴. Estos temas aparecen en el libro de Curtis como parte de los desafíos a los que se enfrentaban y que preocupaban a los editores del *Christian Herald*.

El análisis de las coyunturas se engarza así en el libro con una reflexión más amplia sobre el lugar cambiante de los protestantes de vertiente evangélica dentro del panorama social de los Estados Unidos. Las cartas de lectores y editoriales del diario permiten a la autora examinar la mirada que éste buscaba construir sobre la identidad estadounidense como nación cristiana y protestante, como vía a la conformación de los evangélicos como actores políticos de peso en una democracia de masas. Aquí la historia de la prensa se cruza con la de la capacidad de lobby de los evangélicos, dado que el peso de las donaciones volvió al periódico un interlocutor de relevancia para el Estado norteamericano. De hecho, Louis Klopsch fue nombrado como uno de los tres miembros del Comité Central para la Asistencia de Cuba, formado en 1898 por el presidente William McKinley, y sus editores mantuvieron comunicación fluida con sucesivos gobiernos a lo largo de los veinte años analizados. La prensa evangélica, entonces, no solo construyó una identidad nacional cristiana, sino que buscó convencer de su existencia a los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos, y de influir consecuentemente sobre su política exterior.

2 Por ejemplo, Priscilla Pope-Levison, *Building the Old-Time Religion. Women Evangelists in the Progressive Era* (Nueva York: New York University Press, 2014).

3 Charles Cohen y Ronald Numbers, *Gods in America. Religious Pluralism in the United States* (Nueva York: Oxford University Press, 2013).

4 Ferenc Morton Szasz, *The Divided Mind of Protestant America (1880-1930)* (Tuscaloosa, Alabama: The University of Alabama Press, 1982); George. M. Marsden, *Fundamentalism and American Culture. The Shaping of Twentieth Century Evangelicalism 1870-1925* (Nueva York: Oxford University Press, 1980).

Más allá de las largas raíces de ese modo de concebir la nación norteamericana, la construcción de los Estados Unidos como un imperio expansivo en los últimos años del siglo XIX vuelve a este tipo de publicaciones dignas de estudio por su naturalización de una política exterior construida sobre la idea de la misión cristiana de alivio humanitario como justificación del imperialismo⁵. Las ocupaciones de Cuba, Filipinas, Guam, Puerto Rico, y la invasión de China en el momento de la rebelión de los bóxers son analizadas en este libro a partir del filtro de los debates, incomodidades y reinterpretaciones que se produjeron en las páginas del *Christian Herald*, y de sus intentos de incorporarlas a una narrativa de los Estados Unidos como una nación elegida por Dios para una misión que requería los más altos estándares éticos, pero que al mismo tiempo podía justificar casi cualquier cosa.

Al mismo tiempo, el análisis de esta publicación se hace interesante porque se coloca en el cruce con una historia que es paradójicamente paralela a la anterior, la de la secularización y la construcción de un Estado laico con capacidades cada vez mayores de intervención sobre la sociedad a medida que se dota de organismos propios no religiosos cada vez más eficaces. En este sentido, el libro alcanza sus páginas más ricas cuando analiza los vaivenes de la larga tensión con la Cruz Roja Americana en proceso de organización, y nos muestra cómo ambas estructuras compitieron por el apoyo oficial como principal institución humanitaria del país. El triunfo de la Cruz Roja en el relato de Curtis se nos aparece como una metonimia del triunfo de la secularización, palabra que curiosamente no menciona. No solo porque el Estado se distancia de una mediación religiosa de sus poderes, sino porque representa el momento en que el peso de la opinión pública se volcó a considerar a la sociedad como legítimamente diversa en términos religiosos y a esperar del Estado, por ende, el recurso a métodos burocráticos y “científicos”, sin referencias espirituales. La red de misioneros a la que los embajadores norteamericanos recurrían para recoger información de áreas afectadas por catástrofes naturales o humanas y para distribuir luego los bienes reunidos por las iglesias para su alivio, fue reemplazada por una estructura de profesionales médicos, organizadores y administradores pagos de la Cruz Roja, en contacto permanente con

5 Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985); Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011).

el Departamento de Estado, que dirigía hacia ella las donaciones del público. La historia de las intervenciones humanitarias no es solo la historia del engrandecimiento de los Estados Unidos hasta el rol de potencia mundial, sino también la historia de la construcción del Estado norteamericano y de su legitimidad hacia adentro de sus propias fronteras.

Y sin embargo, todos estos temas fascinantes solo aparecen en *Holy Humanitarians* como esbozos, sin recibir el tratamiento teórico que hubiesen merecido. No parece que esto se deba a que la autora no reconozca su importancia, dado que las menciones son recurrentes y claras. Más bien aparece como una opción metodológica de no dejarse llevar o distraer de la reconstrucción de la historia del periódico, limitándose en lo posible a las fuentes inmediatamente dependientes de él. El resultado nos proporciona material para la reflexión sobre la dificultad para afrontar los grandes relatos que aqueja a la historia contemporánea.

El libro tiene un objeto claramente delimitado al que logra cubrir a través de una estrategia que lo reduce a la mirada de sus dos responsables. Si bien el análisis no se limita a lo que el periódico dice, solo reconstruye las prácticas que derivaban directamente de este discurso. No nos dice nada, por ejemplo, sobre las condiciones materiales, técnicas, de equipamiento, personal, o estructura económica que permitían este despliegue a Klopsch y Talmage. Tampoco nos ofrece una mirada muy clara sobre la estructura de iglesias, pastores, misioneros y fieles que estaban detrás de las donaciones que estos personajes administraban. Esto tiene el riesgo de ubicarlos engañosamente en el rol de “los evangélicos”, sin que se releven con atención cuál es la naturaleza exacta de las alianzas y oposiciones que les permitieron aspirar a construirse en los voceros de un colectivo inestable y complejo. Por ejemplo, no hay mención de los otros medios de prensa que competían con el *Christian Herald* por la atención de los protestantes estadounidenses. No hay otras voces (a excepción de la aparición excepcional de la temprana organizadora de la Cruz Roja y némesis de Klopsch, Clara Barton) que nos hablen sobre cómo el periódico y sus editores eran vistos en ámbitos ajenos a su burbuja propagandística, y esto conspira contra nuestras posibilidades de evaluar cuánto de lo que se dice allí es realmente relevante y cuál fue su impacto.

Por otra parte, los cruces mencionados son esbozados y no se desarrollan, con una cautela que en algunos momentos se traduce en verdaderas oportunidades perdidas para arriesgar

conclusiones más generales que modifiquen la mirada historiográfica sobre estos temas. El recurso a un abundante aparato erudito sirve a la autora para demostrar que conoce los textos con los que podría entrar en diálogo, pero también resulta una vía de escape que le permite hacer referencia a ellos sin confrontarlos. El libro presenta todas las características necesarias para resultar impecable técnicamente y para cumplimentar los requisitos que la burocracia académica impone de manera más o menos uniforme a través de los subsidios de investigación, los informes regulares y las tesis: presenta objetivos claros, hipótesis abarcables, una escritura fluida, toca temas relevantes. Y, sin embargo, no avanza mayormente el conocimiento ni transforma nuestra visión del período, aunque es posible que resulte útil para incitar a la reflexión crítica sobre ciertos presupuestos implícitos de la intervención humanitaria estadounidense ligados a los mandatos religiosos. Esto último aparece como intención clara en el epílogo, en donde se discute bastante eficazmente sobre el potencial dañino de la filantropía cristiana actual ejercida desde supuestos similares a los del *Herald*.

Como resultado de esta autolimitación, desde el punto de vista del historiador la obra es efectiva más por aquello a lo que alude lateralmente, por todas las conexiones que articula con las diversas “grandes historias” de la época sin animarse a entrar en ellas, que por aquel objeto que está en su centro, y esto causa un cierto efecto de perplejidad en el lector. ¿Debe importarnos el *Christian Herald*? ¿Es un objeto de estudio significativo en sí mismo? ¿Es solo una excusa para señalar todos estos complejos vínculos? De ser así, ¿por qué la obra no presta más espacio al análisis y desarrollo de ellos en lugar de repetir los mensajes de Klopsch y Talmage? Quizás la conclusión más extraordinaria a la que he podido llegar después de leer este libro tan sugerente es que no nos da respuestas a estas preguntas.